Ya hemos hablado mucho sobre la belleza, el juicio de gusto, y diversos ejemplos de obras de arte como estatuas, pinturas, sinfonías, etc. Hoy vamos a considerar otro tipo de experiencia estética, la de lo sublime. En el libro Kant dice que hay que distinguir entre dos clases de lo sublime: lo sublime matemático y lo sublime dinámico. Empecemos con la primera.

La imagen del cielo estrellado que acabamos de ver es un ejemplo de lo sublime matemático. ¿Por qué es sublime? ¿Qué entiende Kant por este término? En la sección 25 de *La crítica del juicio* Kant lo explica. Dice, "*Sublime* llamamos lo que es *absolutamente grande*." Ok, pues ¿qué significa ser absolutamente grande? Para contestar esa pregunta hay que entender el concepto de "grande". Cuando digo que algo es grande, eso no me dice mucho. ¿Grande con respecto a qué? Hace falta una comparación con otra cosa. Este rascacielos es grande comparado con una casa pero no es nada grande comparado con la Tierra. Ahora bien, estas cosas (la casa, un rascacielos, la Tierra) son lo que Kant llama magnitudes. Que algo sea una magnitud puede saberse a partir de la cosa misma sin compararla con otras cosas. Una magnitud, dice Kant, es una multiplicidad de elementos homogéneos que, en su conjunto, constituyen una totalidad. Entonces, las cosas en sí mismas son magnitudes, pero cuando queremos decir qué tan grande sea una de ellas la tenemos que comparar con otra, con otra magnitud, como su medida. Por ejemplo, podemos usar la magnitud de una casa para determinar lo grande que es un rascacielos. Pero cuando usamos esa segunda cosa para medir la primera, queda indeterminada la unidad de medición de ella. Por ejemplo, podríamos decir que el rascacielos mide 400 casas de altura. ¿Pero qué significa eso? La casa misma tendría que ser

comparada con aun otra magnitud para tener una idea de la medición, y así *ad infinitum*. Como dice Kant, "Está claro que ninguna determinación de magnitud de los fenómenos nos puede dar concepto alguno absoluto de una magnitud, sino solamente un concepto comparativo." Esto es muy parecido a lo que dice Einstein en su teoría de la relatividad. El espacio y el tiempo no son absolutos sino relativos.

Entonces, dice Kant, si llamamos algo no solamente grande sino absolutamente grande, sobre toda comparación, ahí tenemos lo sublime. Sublime es aquello en comparación con lo cual toda otra cosa es pequeña. Y de aquí se sigue que lo sublime no puede hallarse en cosas de la naturaleza. ¿Por qué? Piensa en el objeto más grande de tu experiencia. Por grande que sea, sería fácil reducirlo a algo infinitamente pequeño si lo consideramos en otra relación. E igual con algo muy pequeño. Si lo juzgamos con estándares más pequeños, ese objeto pequeño podría ampliarse al tamaño de un mundo. Dice Kant que los telescopios nos han proporcionado experiencias del primero y los microscopios experiencias del segundo. Considerado así, nada que puede ser objeto de los sentidos podría llamarse sublime. Más bien, lo que señala la experiencia sublime es algo sobre nuestra propia naturaleza, pero de eso hablaremos más adelante.

En la sección 26 Kant sigue con la cuestión de la medición de magnitudes. Dice que hay dos formas de estimar una magnitud: la matemática y la estética. Cuando estimamos la magnitud de algo usando conceptos numéricos, lo hacemos de forma matemática. Cuando se hace por mera intuición (con el ojo), es estética. Por ejemplo, vamos a medir la estatura de la Torre Eifel. Tiene una altura de 3.24 –14 años luz. ¿Qué? ¿Años

luz? Tenemos una vaga idea de la longitud de un año luz pero aquí no nos ayuda. Kant dice que la magnitud de la medida hay que suponerla como conocida. Si no, pues hay que estimar su magnitud, y si lo hacemos de forma matemática, es decir, usando números cuya unidad sería una medida distinta, nos encontramos con un problema. Vamos a ver. Si medimos nuestra primera medida de forma matemática, usando otros números, podríamos decir que esta cantidad de años luz es igual a 324,000,000 micras. ¿Ves que esta nueva medida tiene el mismo problema? Vamos a medir ella con otra medida, digamos pulgadas - 12.756 pulgadas. Dice Kant que si seguimos midiendo de forma matemática, nunca vamos a llegar a una medida primera o básica. ¿Qué tal si lo medimos así? 324 metros. Ah, eso es mejor. Ahora tenemos una idea real de su altura. Pero esa medición en metros es simplemente otra medida. ¿Entonces, cuál es la diferencia? Kant dice que nuestra estimación de la magnitud de la medida básica tiene que consistir solamente en que se la pueda aprehender inmediatamente en una intuición. Eso lo hemos hecho precisamente con el metro. Sabemos que es la longitud de un brazo, de un mesa, de un arbusto, cosas que todos hemos intuido con el ojo.

Todo esto es muy parecido a la paradoja del diccionario. Leemos una palabra que no entendemos, así que sacamos el diccionario. Encontrando su definición, lo que encontramos son más palabras. Para entenderlas las buscamos en sus respectivas entradas y encontramos aun más palabras. Esta definición de palabras por palabras es como la medición matemática de las magnitudes. Si seguimos así, nunca vamos a llegar a ningún lado. Lo que hace falta es una intuición o alguna experiencia del

objeto significado por la palabra. Una definición ostensiva o estética en vez de lógico-simbólica.

Kant concluye de todo esto que para la estimación matemática de las magnitudes no hay ningún máximo. La notación matemática es capaz de expresar cualquier cantidad. Pero la estimación *estética* de magnitudes sí tiene un límite. La calculadora nos puede decir cuántas estrellas hay en nuestra galaxia, pero el ojo no. Llega a un límite. Cuando llegamos a ese límite el objeto nos abruma y da paso a aquella emoción, lo sublime, que ninguna estimación de magnitudes por medio de números puede producir.

Vimos en el caso de lo bello que el placer que sentimos es producido por el juego libre entre la imaginación y el entendimiento. En el caso de lo sublime, ¿cómo se produce el placer que sentimos? Pues aquí, los elementos que se relacionan son la imaginación y la razón. En este momento, no voy a hablar sobre la diferencia entre la razón y el entendimiento. El punto es que la razón, con su idea de totalidad, exige que la imaginación entregue una intuición con forma definida, o sea, un objeto total. El problema es que, en el caso de lo sublime, el objeto es indefinido porque es absolutamente grande, rebasa nuestra capacidad. La imaginación progresa hacia el infinito (como en el caso de ver las estrellas en el cielo nocturno) sin poder abarcar una totalidad. Si lograra captar un objeto en su totalidad, sería meramente grande y no habría sensación de lo sublime. La sensación de este último se da cuando la imaginación falla precisamente en cumplir con la exigencia de la razón.

Pasemos ahora a la segunda clase de sublimidad, lo sublime dinámico. Donde lo sublime matemático trata de la magnitud de

la naturaleza, lo sublime dinámico trata de su fuerza. Ejemplos son un huracán, un tornado, un tsunami. Ahora bien, semejantes fenómenos son objetos de miedo; son fuerzas que nos pueden aplastar como un bicho. Si alguna vez has estado expuesto a semejante fenómeno, sabrás de lo que hablo. El problema es que si te acerca un tornado no vas a estar ahí gozando tranquilamente de un placer sublime sino que vas a estar huyendo a toda velocidad. Por tanto Kant dice que el que teme no puede en absoluto juzgar sobre lo sublime de la naturaleza, al igual que el que es presa de la inclinación y del apetito no puede juzgar sobre lo bello. La experiencia de lo sublime dinámico se da únicamente cuando nos hallamos en un lugar seguro, por ejemplo, viendo un huracán pero protegido por una estructura muy sólida.

En el pasaje quizá más famosa del libro Kant dice, "Rocas audazmente colgadas y, por así decirlo, amenazadoras, nubes de tormenta que se amontonan en el cielo y se adelantan con rayos y con truenos, volcanes en todo su poder devastador, huracanes que van dejando tras sí la desolación, el Océano sin límites rugiendo de ira, una cascada profunda en un río poderoso, etc., reducen nuestra facultad de resistir a una insignificante pequeñez, comparada con su fuerza. Pero su aspecto es tanto más atractivo cuanto más temible, con tal de que nos hallamos en un lugar seguro. Llamamos esos objetos sublimes porque elevan las facultades del alma por encima de su término medio ordinario y nos hacen descubrir en nosotros una facultad de resistencia de una especie totalmente distinta . . . y superior a la naturaleza." Éstos son ejemplos maravillosos pero uno que no da aquí, por razones obvias, es el de hang gliding, que en español se llama ala delta creo.

Caer del cielo sin duda provoca miedo, pero por estar en un lugar seguro, al menos relativamente seguro, provoca más bien la sensación de lo sublime. En experiencias de este tipo, ¿qué es lo que sucede para que este placer se produzca? En el caso de lo sublime matemático vimos que hay un intento de calcular una magnitud y que, debido a que la razón exige una totalidad, la imaginación es incapaz de hacerlo. Fracasa. En lo sublime dinámico, en cambio, el intento no tiene que ver con las capacidades calculadoras de nuestras facultades de conocer sino con la capacidad de resistencia de la voluntad. Lo que se exige aquí es no es una totalidad sino la libertad, que el humano actúe de forma autónoma sin ser determinado por la naturaleza.

Hablemos un poco de la voluntad y los actos morales. Hay que distinguir entre nuestra voluntad sensible, ordinaria, y nuestra libertad moral. La libertad moral para Kant no significa simplemente "hacer lo que yo quiera" - eso es la voluntad sensible, el imperativo hipotético determinado de forma patológica. Es decir, "lo que yo quiera" es causado por mi psicología o fisiología, todo lo cual está al nivel del yo empírico/sensible. Esta acción aparentemente "libre" se encuentra aun en la esfera de la naturaleza. Es para Kant una libertad ilusoria.

La libertad verdadera consiste en nuestra autonomía de leyes naturales (sean psicológicas o fisiológicas) de modo que pueda haber una conformidad racional a las leyes morales. Fíjense que estas dos exigencias son formuladas de manera negativa: totalidad = totalidad sin límites *naturales*; y libertad = acciones sin determinación *natural*. La palabra clave aquí es "natural" o "naturaleza". Las cosas del mundo cuya magnitud tratamos de calcular o cuya fuerza intentamos resistir son del mundo fenoménico/sensible. Cuando fracasamos en estos intentos uno

podría preguntar, "¿Por qué entonces es placentero?" Pues precisamente porque la experiencia apunta a nuestro lado supersensible o nouménico. Ahí, la idea de totalidad y la libertad moral de la voluntad son superiores a toda magnitud o fuerza que la naturaleza puede producir. Nuevamente, Kant dice que estas experiencias "elevan las facultades del alma por encima de su término medio ordinario y nos hacen descubrir en nosotros una facultad de resistencia de una especie totalmente distinta que nos da valor para poder medirnos con el todo poder aparente de la naturaleza."

¡Eso es lo que es sublime! Precisamente porque no puede ser afectado o determinado por las fuerzas de la naturaleza. La naturaleza no puede dominar lo que nos hace humano. La moralidad es posible sólo cuando ejercemos nuestra libertad y dejamos de ser determinados por fuerzas patológicas de la naturaleza. La experiencia de lo sublime exhibe esta cualidad transcendente de nosotros. Es la revelación de nuestra naturaleza moral a diferencia de nuestro yo sensible.

Entonces, en los dos tipos de sublimidad, el displacer inicial es redimido ya que somos llevados a ver el aspecto transcendental de nuestra humanidad. Esto consiste en la capacidad de pensar y exigir una totalidad más allá de cualquier objeto meramente sensible de la naturaleza y en la capacidad de pensar una libertad que transcienda cualquier ley meramente natural.

Vimos en el caso de la belleza que el juicio de gusto encierra una finalidad. La finalidad en el caso de lo sublime reside en el hecho de que el choque inicial es aprovechado para exhibir nuestra naturaleza supersensible e indomable por las fuerzas de la naturaleza. Esto es placentero y por eso nos gusta la

experiencia de lo sublime.

Bueno, por fin terminamos esta revisión de Kant y el juicio de gusto. Como en todos mis vídeos, lo que digo toca sólo por encima el tema en cuestión. La idea es que den una orientación para una lectura más profunda y provechosa de las propias palabras de estos autores. En este sentido, espero que esta serie les haya servido. Como siempre, gracias por acompañarme, hasta la próxima y buen provecho.